

Muertos insepultos

No se si alguna vez, el lector, después de haber esperado a un amigo en una oficina cualquiera, le ha dejado, escrito con grandes letras y en un papel, demasiado grande o demasiado pequeño (raras veces hay términos medios), un mensaje parecido a éste: "Te he esperado hasta las siete y media; aburrido, me voy. Fulano." Se va uno y vuelve al día siguiente. Allí está ahora el amigo, pero también -- muchas veces -- está ahí también el mensaje. Nuestro amigo, después de leerlo, no lo ha ~~totamente~~ ~~destruido~~ sino que lo ha dejado sobre la mesa. Ese papel ~~con~~ ese mensaje nos provoca ~~una~~ una extraña sensación, parecida ~~tal vez~~ a la que debe provocar la vista de un muerto a quien se ha dejado, por olvido, sin enterrar. Esa sensación va casi siempre acompañada de otra, menos funeraria pero ^{canalicio} ~~menos~~ desagradable: nuestro mensaje le ha sido indiferente al amigo; le ha importado un pito que viniéramos ^{o no} que le esperáramos hasta las siete y media o hasta las catorce y media. Disimuladamente, cogemos el papel, lo hacemos una pelota y lo guardamos en el bolsillo o lo arrojamos al canasto, si ^{es que} ~~no~~ hay y ~~ya~~ tenemos suficiente des-
plante para ello.

Parecidas sensaciones deben despertar, en los candidatos fracasados, la vista de los letreros que anunciaron su candidatura. Tal como ocurre con el mensaje dejado al amigo, nadie ha hecho caso de ellos ni, lo que es peor, nadie se ha cuidado, piadosamente, de borrarlos. Y allí están, trazados en grandes letras, blancas o negras, sobre la cal de las mura-llas, dando también la sensación de muertos a quienes por olvido no se ha enterrado. El alma del candidato fracasado debe sufrir, cada vez que ~~se~~ ve esos letreros, pequeñas y sucesivas muertes.

Pero no son sólo éstas las sensaciones que producen los letreros mu-
rales de propaganda política. Hay también las que producen aquellos que ^{hablan de} ~~hablan de~~ candidatos que obtuvieron un gran triunfo y que murieron poco después de ser elegidos, sin haber tenido tiempo para demostrar que no

estuvieron desacertados los que le eligieron. Esos letreros, que proclaman la candidatura de un hombre ya muerto, producen tristeza y desánimo. ¡Vanidad de vanidades! Hay también las ~~man~~ provocadas por los letreros de los candidatos que obtuvieron un gran triunfo y que fracasaron en su mandato. Nadie, ni siquiera sus propios parientes, votaría hoy por ellos y la vista de los letreros que proclaman su candidatura produce risa o sarcasmo en los indiferentes o contrarios y vergüenza o ira en los que votaron por él. Y así...

Esos letreros o esos carteles, sea cual sea el destino de los hombres a que se refieren, perturban, con las desagradables sensaciones que provocan, la mentalidad pública, no muy serena por naturaleza. Un rudimentario sentido de higiene mental aconseja borrarlos; pero, ¿cómo? El poder ejecutivo, elegido por medio de esos letreros y de esos carteles, no tiene dinero para ello; tampoco lo tiene el poder legislativo, elegido del mismo modo; ¿y para qué hablar del poder municipal, más pobre que la cebra? ¿No sería acertado, en vista de todo ello, la dictación de una ley que obligara a los candidatos -- fracasados o triunfantes -- o a los partidos a que esos candidatos pertenecen, a borrar los letreros y a destruir los carteles que proclamaron sus candidaturas?

Porque, en verdad, algo hay que hacer para librarnos de esos muertos-vivos o de esos vivos-muertos que cuelgan de las paredes de la ciudad.

Manuel Rojas